

Michel Silvestre

Lic. GASTON FAZIO
Psicólogo
M.P. 52475

MAÑANA
EL
PSICOANALISIS
y otros textos

FOTOCOPIADORA
C.E.Pol
PSICOPATO II
Folio 71 SF
DF 3

Manantial

LA NEUROSIS INFANTIL SEGUN FREUD

¿Hay un psicoanálisis de niños?

La pregunta se plantea con tal frecuencia que, en 1971, en un congreso de psicoanálisis organizado por la Internacional, los participantes hicieron enormes esfuerzos para no responder a esta pregunta, en apariencia demasiado inquietante. Se había pedido a la venerable institución zanzar la siguiente cuestión: ¿los psicoanalistas formados en la práctica de las curas de niños — y únicamente en esta práctica — tienen el estatuto de psicoanalistas, a secas? La pregunta la formuló la Asociación holandesa. Pero no llegó a darse ninguna respuesta clara; la única indicación fue preconizar que una formación — a secas — implica control de cura de niños.

La indicación va más bien en el sentido de reconocer al psicoanalista de niños una relativa autonomía, pero supondría que, a la inversa, la práctica no podría conferir un estatuto de psicoanalista de pleno derecho.

Lo que me sorprende es que, leyendo la literatura de los psicoanalistas de niños, a la larga no se encuentra ningún fundamento para esta cuestión. El razonamiento sería en cierto modo el siguiente: hay psicoanalistas que tratan niños y por consiguiente se deduce, a un tiempo, que hay psicoanalistas de niños y, por lo tanto, un psicoanálisis de niños. Esta lógica se me ocurre un tanto simplona.

Así, pues, me pareció más interesante partir de la cuestión siguiente: ¿hay una neurosis infantil?

Se trata en efecto de una cuestión que los psicoanalistas dejan aparentemente de lado: la respuesta, afirmativa, les parece evidente. Esta actitud, a mi entender sospechosa, les permite ocultar con la mayor

buena fe lo que aquí ha sido planteado: a saber, la demanda eventual de los niños respecto del psicoanalista.

De hecho, la literatura psicoanalítica muestra hasta qué punto está minado el terreno por el que nos desplazamos. No voy a hacer aquí de desminador, sino más bien intentar mostrarles de qué manera, con Freud, podemos relevar la topografía de ese terreno y el emplazamiento de las minas.

Antes de iniciar este estudio yo tendía a compartir la opinión común. Si bien mi credulidad me llevaba a dar crédito a los psicoanalistas de niños y a considerar que existía un psicoanálisis de niños, me inclinaba más bien a concebir la neurosis infantil fundamentalmente como el punto de origen de la neurosis adulta. Una neurosis infantil de la que sólo se habría tenido conocimiento a partir del psicoanálisis de un neurótico adulto. En cierto modo, con ello es como sería mejor delimitable. Siendo el resto más bien síntoma, manifestación "neurótica" vagamente definidos.

Después de todo, el texto donde Freud utiliza más claramente el término de neurosis infantil es el del *Hombre de los lobos* y no *Juanito*. Si ustedes quieren, la neurosis infantil podía estar en el *Hombre de los lobos* más bien que en *Juanito*, respecto del cual yo dudaba, en el fondo, que se tratara de un psicoanálisis.

¡Pues bien! me engañaba: la neurosis infantil, como neurosis manifiesta de la época de la infancia, existe para Freud. Salvo que deducir, partiendo de aquí, que existe un psicoanálisis de niños específico, distinto, no es en absoluto automático.

¿Qué significa la existencia de una neurosis infantil? Primeramente, que ciertos niños presentan manifestaciones clínicas, síntomas cuyos mecanismos están indicando un proceso neurótico. Pero, en segundo término, significa que hay una neurosis situable en la estructura de manera tal que puede ser distinguida de la neurosis del adulto. Tenemos, pues, la neurosis, y la neurosis infantil.

¿Deduciremos de esto que también el psicoanálisis de niños tiene una especificidad? No es esto lo que se observa, sin embargo. No se observa ninguna diferencia. El propio Freud insiste en ello respecto de *Juanito*, quien, nos dice, llevó a cabo sin duda un análisis aun cuando su agente haya sido su padre, tanto como Freud. Poco importa la extrema variabilidad de las técnicas y dispositivos operatorios, finalmente no habría más que un solo psicoanálisis y sería aplicable a los niños.

Esta última afirmación se verifica enteramente, pero por defecto, si puedo expresarme así, cuando se comprueba que los psicoanalistas ponen al descubierto en las curas de niños exactamente los mismos desvíos, las mismas concepciones técnicas, el mismo punto de vista sobre la dirección de la cura que en los textos referidos a los psicoanálisis de adultos.

Si hay efectivamente una neurosis infantil, entonces una de dos: o los psicoanalistas de niños no saben transmitirnos la especificidad de su práctica y lo que hacen no tiene nada que ver con lo que dicen; o aplican a los niños una técnica que no responde a su objeto, una técnica descaminada, lo que explicaría que casi siempre parezcan funcionar mediante la sugestión o la coacción educativa. Así pues, lo que examinaré a continuación es la cuestión de ese objeto: ¿qué es la neurosis infantil con la que los psicoanalistas deberían enterdérseles?

Ustedes saben que pasó cierto tiempo antes de que Freud se interesara en los niños. Freud no era pediatra, atendía adultos, adultos neuróticos. Pues bien, estos adultos se pusieron a contarle sus vidas, y muy particularmente su infancia. Y en estas infancias contadas por los adultos, ¡vaya si sucedían cosas!

Los créditos

En efecto, lo que Freud descubre a través de estos neuróticos no es la neurosis infantil: lo que descubre es que el niño tiene una sexualidad, e incluso una sexualidad más bien robusta. Este punto, que hoy todo el mundo conoce, lo trataré rápidamente y sólo para que pueda aclarar lo que sigue.

En una primera etapa, lo que Freud descubre no es estrictamente hablando, la sexualidad de los adultos, sino exactamente lo contrario: es la así llamada teoría de la *seducción*.

Freud descubre que todos los neuróticos habrían padecido en su niñez los asaltos sexuales o bien de los padres — el padre, evidentemente (volveremos sobre esto) —, o bien del tío, del vecino y hasta de un vendedor en un comercio.

Esto cae sobre los futuros neuróticos que, dicen, no comprenden nada: es Freud quien se los explica, durante su análisis, diez, veinte años después. Incluso es porque no saben lo que se quiere de ellos por lo que después se vuelven neuróticos. Entonces Freud se pone a comunicarle a Fliess cierto número de cuadritos y ecuaciones. Por ejemplo: a padre perverso, hija histérica. Hay al respecto una carta más bien divertida, la carta 64: "Recientemente, escribo a Fliess, he soñado con sentimientos hipertiernos [*überzärtliche Gefühlen*] por Matilde. [...] El sueño muestra evidentemente la realización de mi deseo, el de constatar que el padre es efectivamente el promotor [*Urheber*] de la neurosis. Esto pone fin a mis persistentes dudas."

Desde esta perspectiva, el adulto dista de aparecer como el educador represivo. Es divertido comprobar que, como educador, el adulto sería más bien un educador sexual. Sólo que el alumno resulta ser un mal estudiante: no entiende nada. No es forzosamente que aquello le disgusta.

te. Cuando la experiencia le disgusta esto implica, para Freud, la histérica. Pero la experiencia puede gustarle, en cuyo caso le gusta demasiado: una satisfacción demasiado grande, dice Freud, conduce a la neurosis obsesiva. El obsesivo conserva cuidadosamente la nostalgia dolorosa de una satisfacción que jamás será posible reproducir.

Observen que esta notación es absolutamente exacta, tanto en cuanto a la repugnancia de la histérica como en cuanto a la nostalgia del obsesivo. Pero es poco probable, y Freud acaba por entenderlo así, que los adultos sean tan cortejadores. Lo cual le hace reflexionar y lo conduce a la así llamada teoría del *fantasma*.

Aquella seducción ya no es entonces un acontecimiento efectivamente vivido por el niño. Puede haber ocurrido, pero no es así como hay que considerarla. La seducción pasa a ser un dispositivo — llamémosle "imaginario" — por el cual el deseo del sujeto se enganchaba con la sexualidad. Sólo que este descubrimiento del fantasma no invalida la seducción para Freud, quien sigue particularmente empeñado en ella toda vez que, en sus últimos textos, la evoca, quizá con timidez, pero con obstinación.

Esta obstinación debería ser una llamada de atención, porque tiene un sentido: el fantasma no es en absoluto esa suerte de ensueño, esa ilusión con la cual nos acunamos para dormirnos y sobre la cual los psicoanalistas se precipitaron para situar en ella lo que ellos llaman la "proyección". El fantasma no consiste en producir imaginariamente un objeto adecuado al deseo. El fantasma es, a la inversa, la tentativa del sujeto de conjugar el objeto en tanto que real — es decir, imposible —, con el deseo. El fantasma no es, pues, un espejismo, una quimera, y Freud da vueltas en torno a este punto cuando se aferra a la escena de seducción. Para no dar más que un ejemplo, ésta es también la cuestión que lleva a Freud a su forzamiento sobre el Hombre de los lobos para descubrir un dispositivo, que no es la seducción sino — ¿está tan distante? — el famoso coito parental *a tergo*, como él dice.

Sin embargo, Freud se ve llevado a dejar de lado la teoría de la seducción para interrogarse por lo que constituye el lecho de este fantasma de seducción: se ve llevado a poner en orden, a inventar lo que desde ese momento merece ser llamado sexualidad infantil, ya que el adulto está excluido de ella. Con toda lógica, Freud bautiza el fondo de esta sexualidad infantil: autoerotismo.

¿Por qué "con toda lógica"? Porque desde el momento en que el adulto sobornador es apartado, el niño se queda solo con su cuerpo, que le basta ampliamente, nos dice Freud, para satisfacerse: el niño se basta a sí mismo para disfrutar libremente de sus zonas erógenas.

En esta economía del placer la presencia del Otro sigue siendo, claro está, necesaria. Se trata de la madre, en la ocasión, que muy gustosa presta el pecho, recibe las heces o simplemente mira o escucha — pero cualquier semejante se desempeñaría muy bien en el juego del "tocar

Este Otro, sin embargo, no invalida el término de pulsión. Lo contrario se volvería al dispositivo de la seducción) ninguna alteridad, ya que el rasgo diferencial de la alteridad te. Es decir que "no hay todavía", para el niño, diferencia de él, el pene está en todas partes, es el atributo universal del (Juanito). El otro, testigo del autoerotismo, puede pues ser te, ya que no le falta nada.

Es aquí una dificultad en la relación cronología/estructura, para Freud hay por lo menos dos tiempos: 1) pene universal o no existencia del pene según los individuos.

Entonces, Freud reencuentra la estructura debido a que el único punto cuenta en el asunto es el de la madre, y por eso puede hablar de *polimorfia*. Recuerden que, para Freud, la perversión se ordena alrededor del hecho de mantener la atribución de un pene a la madre, es perfectamente coherente hablar de perversión respecto a la madre cuando éste se mantiene aún en un más acá del reconocimiento de sexos y de la castración materna.

La sexualidad infantil es una sexualidad que no trae consecuencias, la consecuencia es, para Freud, la mira de la reproducción.

Entonces, Freud modificará esta noción de autoerotismo. Se trata de desplazarlo a una edad cada vez más precoz, a tal extremo que un texto como *Introducción del narcisismo*, el autoerotismo en la abstracción. No obstante, la cuestión que corresponde es la siguiente: ¿qué es lo que cojea en el autoerotismo? ¿Qué es fundamentalmente — originalmente como dice Lacan —, viene a ser el libre ejercicio de esta sexualidad masturbatoria? Freud encuentra el autoerotismo topa con el complejo de Edipo y su corolario el paraíso de inocente y verde paraíso de los amores infantiles, placeres furtivos, está en apariencia más lejos que la India y que la inocencia — Baudelaire lo sabía mejor que nadie — no es comparable a la sexualidad, masturbatoria o no.

Entonces, ¿qué uso lo que debería sorprendernos: ¿qué impulsa al niño a usar su cuerpo en provecho del de otro? Este problema perturba y yo diría que sólo respondiendo a esta pregunta podrá fundarse la sexualidad infantil.

Entonces, el niño tiene una sexualidad. Evidentemente, esto ahonda todo el mundo. Ahora bien, precisamente porque tiene una sexualidad — y porque en determinado momento esa sexualidad cojea — puede ser neurótico. La cuestión de la neurosis infantil surge en este tránsito de la sexualidad infantil — tomada, lo repito, de la seducción y el autoerotismo — a la sexualidad "adulta".

Entonces, donde Freud, en apariencia, cambia de hombro su fusil en lo que es la educación. El corruptor de menores pasa a ser el censor aus-

tero que se pasea con un par de tijeras en la mano. Básteles evocar la experiencia de esas entrevistas con ciertos padres de hijas impúberes, con ciertas madres preocupadas por el aseo corporal, para advertir que estas dos actitudes son las dos caras de una misma moneda. Pero sobre todo, entre estas dos actitudes no hay, para los padres, lo que podríamos llamar un justo medio; la sexualidad es siempre traumática — surja del lugar que sea, de quien sea y del modo que sea —.

Si Freud se inclina empero por el padre censor es por dos razones: primero porque hay que proteger a la madre de los asaltos edípicos del niño, y después porque hay que preservar a la sexualidad la finalidad que en esta época a Freud le importa (en general, hasta 1920): la de la reproducción de la especie.

Pero esto no resulta muy convincente. El resorte del complejo de Edipo, es decir, el complejo de castración, no está ligado a la educación sino cabalmente al inconsciente, es decir, a la represión: se reprime porque se habla, y no a la inversa.

Así, pues, la neurosis infantil se instala en este contexto de reelaboración teórica. Por lo demás, esta reelaboración no se caracteriza por su rapidez, ya que Freud la establece entre el inventario de la sexualidad infantil (*Tres ensayos*, 1905) y la elaboración final de la concepción del complejo de castración (*Inhibición, síntoma y angustia*, 1925); necesitó, pues, veinte años.

"No todo es color de rosa"

Veinte años para explicar que no todo es color de rosa en el verde paraíso de los amores infantiles; incluso por eso es verde, es decir, también, verde de miedo.

La angustia, en efecto, tanto como sucedió con el miedo, no es sin objeto, y eso es lo que dice Freud, al menos cuando se lo lee como Lacan nos enseñó a hacerlo. De hecho, la concepción de la angustia me permitirá dar cuenta de la andadura freudiana, pues la angustia, en la forma en que Freud reelabora su concepción, permite situar la neurosis infantil — sin temor, también aquí, de tener que repetir cosas perfectamente conocidas por el lector —.

A fuerza de leer a Freud uno acaba por no asombrarse de nada. Así, sobre la noción de angustia, Freud, con veinte años de intervalo, dice exactamente lo contrario. Además, si le llevó tanto tiempo operar este viraje no es ciertamente por falta de razones.

Al comienzo su concepción es harto simple: es, dice, la represión la que crea la angustia. Se reprime un deseo, queda así energía (libido) liberada, flotante, que no logra ni fijarse en una representación (pues es-

ta está reprimida) ni descargarse en una realización sexual (acción específica); entonces se convierte en angustia.

Esta concepción explica, por ejemplo, la tentación de Freud de impulsar a lo que ahora llamaremos la liberación sexual. Tanto respecto de los niños — de su educación —, aconsejando a los padres no prohibir la masturbación, como en relación con los adultos, en particular a propósito de la neurosis de angustia. En esta época Freud tiene, además, un hijo por año.

Tenemos así la explicación simple y clara. Ahora bien, ¿qué encontramos en 1925? La tesis inversa: es la angustia, exactamente, la que crea la represión. ¿Cómo ilustra Freud todo esto? Retomando, a quince años de distancia, el análisis de Juanito, es decir del único caso de niño cuyos trastornos neuróticos observara directamente.

Para comprender cómo queda deslindada aquí la neurosis infantil tomemos tres puntos de referencia: 1905, *Dora* (así como los *Tres ensayos*), 1909, *Juanito*; 1914, *El hombre de los lobos*.

Leyendo *Un caso de histeria*, se observa que Freud sitúa el comienzo de los trastornos de Dora a la edad de ocho años, y los hace continuar hasta el momento en que ella va a verlo, a los dieciséis. Ahora bien, por ningún lado se trata de aislar en Dora una neurosis infantil cualquiera, aunque Freud apunte que los primeros trastornos cesan al cabo de seis meses y sólo se reanudan cuatro años después.

En *Análisis de una fobia en un niño de cinco años*, Freud escribe: "Si tomamos en tratamiento para una cura psicoanalítica a un neurótico adulto cuya enfermedad no se haya manifestado — decimos nosotros — más que a la edad madura, descubrimos regularmente que su neurosis se asocia a una *angustia infantil* y que es, de hecho, la continuación de ésta".

La manifestación infantil más convincente, la que permanece, es por tanto la angustia. En 1909, la angustia todavía es concebida como el producto de la represión, y Freud es lógico al proseguir: "El análisis no anula el resultado [*Erfolg*] de la represión; las pulsiones, en su tiempo reprimidas [*unterdrückt*], siguen reprimidas [*unterdrückten*], pero el análisis obtiene este resultado [el de la represión] por un camino distinto al de la represión, que es automático y excesivo, y obtiene el cumplimiento pleno y entero de este resultado mediante la ayuda de las más altas instancias psíquicas. En una palabra: sustituye la represión por la condena [*Verurteilung*]."

O sea: 1) hay una neurosis infantil que, por una parte, es constantemente reencontrada como el núcleo de la neurosis adulta y que, por otra, se manifiesta en angustia; 2) el análisis resuelve esta angustia, puesto que obtiene el resultado al que apunta la represión, reemplazando la represión por una condena de lo que, sin eso, sería reprimido. Cabría formular entonces dos interrogantes: ¿es exacto que toda neurosis

adulta se constituye sobre la reliquia de una neurosis infantil? ¿Cuál es ese resultado (*Erfolg*) tenido en vista por la represión y obtenido por la condena?

A la primera pregunta Freud responde afirmativamente en su texto sobre el Hombre de los lobos: *Extracto de la historia de una neurosis infantil*. Sin embargo, ¿qué distingue a esta neurosis infantil, reencontrada por el análisis, de una reconstrucción? En síntesis, ¿qué es lo que la distingue de un fantasma? Nada, precisamente; incluso es un fantasma tipo. Ya me explicaré a este respecto.

La segunda cuestión es más delicada. Sólo volviendo sobre Juanito, en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud responderá a ella completamente.

El resultado al que apunta la represión es la declinación del complejo de Edipo. Digamos las cosas en esta forma: la castración es el motor que moviliza al complejo de Edipo y ofrece al sujeto una salida para librarse de este avispero. Y, la angustia, digamos que es el carburante.

Pero, dirán ustedes, si la angustia es lo que crea la represión, ¿qué es lo que crea la angustia? ¡Pues bien! responde Freud, fiel a su concepción: ¡es sencillo, el padre! ¿Estamos volviendo a la educación? En absoluto.

No es necesario que la amenaza de castración sea efectivamente proferida; al niño le basta con comprobar que la presencia del pene no es universal para proferirse esta amenaza él solo. Pero de todas formas se trata del padre, porque si el niño se pusiera demasiado cortejador respecto de la madre, el padre acabaría interviniendo. De este modo Freud indica que, al fin y al cabo, la angustia no es sin objeto.

Este dispositivo en que el sujeto, el niño, encuentra un Otro que le significa sobre el deseo sexual algo que él no comprende, salvo si él deduce de ello la *angustia*; este dispositivo es finalmente análogo a la escena de seducción que Freud encuentra al inicio del nacimiento del psicoanálisis — y que tenía algunas razones para no soltar —.

Y el punto por el cual estos dos dispositivos se alcanzan, esto es lo que es preciso llamar deseo del Otro, donde se anuda el fantasma y de donde surgió la angustia.

¿Podemos seguir hablando de neurosis cuando lo que se anuda es el destino común a todo ser hablante? Freud vacila. Esta cuestión, reconoce en varias ocasiones, está en el límite de lo normal y lo patológico. Y aclara que lo que caracteriza a la neurosis de Juanito no es que tenga miedo de su padre — en eso tiene todas las razones para tener miedo, dado lo que él desea — sino que sustituya a este padre por un caballo.

Por eso conviene pensar que al encarnar esa instancia por la cual el deseo es significado al sujeto como procedente del Otro, es bien preciso que el padre desfallezca para que su hijo le dé figura totémica: caba-

obo. No le arrojemos la piedra. ¿Qué padre pretendería sostener que el de Hans Graf aquello de que se trata: es decir, dar una signación al deseo de la madre? ¿Qué padre podría aspirar a una semejante, cuando para él mismo ese deseo es un enigma al cual debe responder sino por un significante del que no sabe nada, social que no tiene ningún dominio y que es el significante del Nombre?

no puede verse, si el niño neurótico pudiera demandar algo, debería que le dejen hacer su neurosis tranquilamente. Además, me parece que esto es lo que comprendieron los mejores psicoanalistas de Dan: la impresión de preservar, de encauzar, de dirigir un proceso que de intentar ponerle obstáculos.

o, asimismo, ¿no es sorprendente que sea el entorno del niño el que dirige al analista, toda vez que es a este entorno — el padre, principalmente — a quien el niño formula su pregunta, y que esta pregunta formulada sino porque este entorno ya se ha mostrado desfavorable en el instante de responder?

¿que se pierde...

da por precisar la distinción entre neurosis infantil y neurosis del adulto. Mejor que mantener esta distinción, vaga e insubstancial desde el punto de vista psicoanalítico, entre adulto y niño, parte de la sexualidad oponiendo, por una parte, una sexualidad que sería cobijada, en cierto modo protegida por el pene materno. Una sexualidad donde el deseo del Otro no interviene puesto que a este Otro le falta nada (es deseable, pero nunca deseante); y por otra parte, una sexualidad que no acierta a realizarse sino a partir de la castración que debe enfrentarse con el deseo del Otro.

En este sentido, esta sexualidad es paradójica toda vez que ella funciona como una neurosis sexual en un órgano que no interviene en la estructura más organizada — e incluso si se considera esa génesis a partir del objeto no es accesible sino sobre el fondo de una prohibición radical. Freud localiza aquí lo que él llama cambio de objeto. Ahora bien, el cambio no equivale a sustitución; encontrarle un sustituto a lo que se pierde no es encontrar una mujer para el hombre, ni un hombre para la mujer. También por eso Freud sostiene que el destino del Edipo no es la satisfacción sino su destrucción, aunque no consiga situar metafóricamente la diferencia. La sustitución del objeto no es nunca sino el retorno del objeto edípico reprimido, es decir que tiene la naturaleza de un síntoma.

Por lo tanto, esta serie de oposiciones no implica en absoluto una cro-

nología (en la que se opondría, por ejemplo, una sexualidad infantil e inmadura a una sexualidad adulta y madura). Sin embargo, semejante instalación estructural impone dar cuenta de la discontinuidad. Esto es, a mi juicio, lo que Freud intenta esclarecer con el período de latencia, tiempo más bien lógico que cronológico. El tiempo para comprender que la madre está castrada, tiempo que puede ser muy largo.

Sin embargo, podemos intentar una localización más precisa de la cuestión. Decir que la madre está castrada equivale a decir que desea. ¿Pero qué desea? El neurótico responde: el falo. Y aquí se extravía. No es que esta respuesta sea falsa. Es cierto que lo que la Madre desea es el falo. Pero esta respuesta que permite al niño salirse del cepo edípico no es sino la solución identificatoria (cf. *El yo y el ello*) de ese cepo. Y, si bien el niño puede contentarse con ello, esa respuesta no puede ser definitiva. Por poco que se enganche a ella, ahí lo tendremos condenado a la neurosis, adulta, esta vez. Porque, en efecto, esa respuesta le permite enmascarar el hecho de que el Otro de la relación sexual no es la madre, sino una mujer. Asimismo, para la mujer, convendría que no sea en tanto madre que fuera a la cama de un hombre.

Si Freud sueña cuando dice que el complejo de Edipo no acaba reprimido sino destruido, aniquilado, conviene empero recordar que la causa del deseo no es el falo — ni siquiera negativizando — sino el objeto (a). Ahora bien, el objeto (a) no tiene sexo — por eso, además, no hay relación sexual, y por eso el encuentro entre el deseo y lo sexual es siempre traumático —.

Ahora bien, aquí reaparece la neurosis infantil. Si la neurosis infantil participa, contribuye a la efectuación de la metáfora paterna, es por la mediación de lo que podríamos llamar una falicización del deseo. Lo cual explica y quizá justifica esa suerte de delirio fálicamente interpretativo que manifiestan los relatos de curas de niños. Al mismo tiempo, semejante punto de vista permite comprender cuál sería la finalidad, si no el fin, de un psicoanálisis de niños. La pregunta que el niño se formula es: "¿Qué desea mi madre?" Para esta pregunta hay una respuesta, aun si el niño la encuentra al precio de una neurosis. Por el contrario, la pregunta que se formula aquel para quien la castración es la condición de la sexualidad, sería más bien la que formula Freud: "¿Qué quiere la mujer?" Aquí, precisamente, no hay respuesta: el significante falta.

Ahí donde la neurosis infantil ofrece al sujeto una respuesta exacta — aunque dolorosa y angustiante de aceptar —, lo propio de la neurosis del adulto es mantener esa respuesta, mientras que no sólo se ha vuelto anacrónica (sólo es justa por regresión, podríamos decir), sino que además el neurótico busca por todos los medios mantener esa respuesta, porque ella le enmascara la verdadera pregunta que plantea la sexualidad y que, por su parte, no tiene respuesta.